

1

Marcado por la infancia

Muchos son los que sueñan con burlar a la muerte el día en que se presente ante ellos. Dylan es, hasta la fecha, el único que lo consiguió. Verdaderamente se esforzó en buscarla, con la mala fortuna de no cruzarse con ella. Y es que, si tuviera que elegir una única palabra para definir a Dylan Derricks, probablemente me decantaría por *shlimazel*. Un término que, como él, parecía no existir para la inmensa mayoría de la población mortal, en el sentido más amplio de la palabra. Una persona que, como su definición, había pasado completamente inadvertida... Hasta ahora.

Shlimazel es una expresión que proviene de las comunidades judeo-alemanas y cuya definición vendría a ser algo así como «aquel que solo tiene (o trae) mala suerte».

Así es. Desgraciadamente, Dylan fue tocado por los dioses de la mala fortuna mucho tiempo atrás. Su mala suerte era casi mística, aunque no siempre había sido así. De pequeño era un chico risueño, alegre, despreocupado y un acérrimo amante de la vida, el hijo que toda madre querría tener, pero todo cambió, precisamente, el día en que la suya murió.

Fue a partir de entonces cuando dejó de creer en la buena suerte para siempre, y francamente tendría razones para hacerlo.

2

A navío desarbolado, todos los vientos son contrarios

Un trasplante renal. Un simple riñón. Una operación rutinaria y de bajo riesgo, dijeron. Una operación para la que, en una situación normal, el paciente se tendría que apuntar a una interminable lista de espera y rezar para que cuando sus órganos dejaran de funcionar hubiera alguno de repuesto, compatible y disponible.

Pero, la vida se inventó una serie de rocambolescas coincidencias para que, en esta ocasión, el hospital tuviera *overbooking* de donantes. Un fatídico accidente de autobús que, por desgracia para algunos, se cobró veintiocho víctimas, y por fortuna para otros, surtió al hospital de decenas de órganos frescos, incluyendo un par de riñones que, según los análisis clínicos, eran compatibles con la madre de Dylan.

Las enfermeras avisaron a la familia de que la operación comenzaría en unas horas. «Qué suerte has tenido», dijeron.

Y Dylan, con la inocencia que solo un niño *shlimazel* puede tener, se lo creyó. Pocos minutos después los cirujanos se pasaron por la habitación para informarles de las dos opciones que estaban barajando.

—Tenemos dos riñones compatibles en este momento —comentó el cirujano mientras ojeaba un informe que contenía los últimos datos referentes a los involuntarios donantes—. No es lo habitual, pero... dadas las circunstancias, tienen la posibilidad de elegir, si lo desean.

Un procedimiento poco ortodoxo de un cirujano novato que pretendía ganarse la confianza de su paciente en su primer día de trabajo, haciéndole, de esa forma, partícipe de la operación.

—Yo creo que esta es la mejor opción —dijo Dan, el padre de Dylan, mientras leía el historial de los donantes como si estuvieran en un concesionario eligiendo coche nuevo—. Era más joven.

—Danny, cariño, ¿no será mejor que decidan los médicos? —preguntó la madre, haciendo alarde de su sensatez. Una observación con aire de pregunta que, en realidad, llevaba una orden implícita. Algo así como «¿por qué no te callas?», pero dicho de una forma suave y elegante.

—Da lo mismo, señora. Ambos son compatibles y los dos están igual de sanos —interrumpió el médico mientras mostraba su mejor sonrisa.

Los padres de Dylan seguían analizando el informe que le habían quitado de las manos al joven doctor cuando este reparó en el chico, sentado en el suelo en una esquina de la habitación, a punto de echarse a llorar. Quizá por los nervios, quizá por el miedo a lo desconocido, quizá por ver a su mamá en una cama de hospital.

—¿Quieres elegirlo tú, Dylan? —preguntó el joven doctor. Su intención era buena, pretendía captar la atención del pequeño y sacarlo de su burbuja. Una burbuja de negatividad y miedo. Pero, sin saberlo, le trasladó una responsabilidad que ningún niño debería sentir sobre sus espaldas a tan corta edad.

El crío, sorprendido por la pregunta, aterrado y sintiendo los mismos nervios que uno siente justo antes de comenzar un examen, con el tembleque de un perro cuando caga, miró a su madre buscando cobijo y complicidad. Ella asintió, tranquilizándolo, regalándole una enorme y cálida sonrisa.

—Eso. Elígelo tú, cielo.

—¿Vas a dejar que elija el niño? ¿Con lo tonto que es? ¿Por qué no dejamos que elija el perro, ya puestos? Seguro que tiene mejor olfato —intervino el padre irónicamente.

Hay gente que, sencillamente, no sabe llevar bien el estrés de ser padre. Dan era uno de ellos. Siempre mantuvo que su hijo llegó en el peor momento posible y que sus sueños se rompieron cuando Dylan vino al mundo. Ya no podría comprarse aquel Cadillac del cincuenta y nueve, ni su ansiada casa en Miami, en primera línea de playa. Nunca llegó a perdonárselo.

—¡Cállate, hombre! —protestó la madre—. Dylan, mi amor, no hagas caso al zoquete de tu padre. Es un cascarrabias. ¿Qué riñón te gusta más para mamá?

—Este —contestó Dylan sin mirar, convencido, guiado únicamente por el instinto y por el azar. Por un instinto que no tenía desarrollado y un azar que pasó de largo. Sin saberlo, se decantó por un riñón de kilómetro cero que perteneció a un joven universitario adicto a las drogas y al alcohol. Pero claro, eso Dylan no lo sabía. Ni los médicos tampoco.

Una decisión que resultó fatal. Un solo instante que cambió su vida, borrando de un plumazo su inocente pasado y dibujando un nuevo futuro, negro como una noche de tormenta. La fortuna quiso que el cuerpo de la madre rechazara el riñón elegido por su retoño, complicando la operación y acabando de la peor manera posible.

De algún modo se sentía señalado. No tener suerte parecía ser su sino, y desde ese instante la suerte dejó de existir para él. Quizá de este modo las cosas cambiaran, ya que estaba convencido de que fuerzas invisibles actuaban en su contra, fuerzas que se movían y actuaban a cada segundo, a cada instante, para joderle la vida.

Una pregunta invadió sus pensamientos y se instaló allí durante varios meses. Una que todo ser humano se ha planteado en algún momento de su existencia:

«¿Por qué todo lo malo siempre me pasa a mí?».

3

La sustituta

Dylan había oído a su padre decir muchas burradas a lo largo de los años, pero una escueta conversación con él, apenas dos frases cruzadas en el funeral de su madre, marcarían su futuro.

—Escúchame bien, hijo. No merece la pena hacer nada en la vida, ¿entiendes? Porque todo acaba en un santiamén. Te pasas la vida esforzándote para lograr algo y en cuanto te confías, cuando menos te lo esperas, te llega el *rigor mortis*.

—Pero yo quiero hacer algo, papá. Algo bueno. A mamá le gustaría.

—¿Algo bueno? ¿No te has dado cuenta todavía? Ser bueno es una mierda. No tiene apenas ventajas. ¿De qué te ha servido a ti ser bueno hasta ahora?

—Yo...

—No contestes, ya te lo digo yo. De nada en absoluto. La suerte siempre premia a los malos. Es así.

Con la encomiable positividad de su padre, algo cambió en el interior del joven Dylan. Su progenitor no era el mejor ejemplo, pero era el único que tenía. Era su referente, un espejo donde mirarse. Comenzó a fijarse en él, asimiló sus costumbres, sus gestos, hizo suyas sus frases. Se mentía a sí mismo, autoconvenciéndose de que ese era el mejor camino. Su mentira se travistió de sádica realidad, y durante mucho tiempo, durante años, se esforzó en ser una mala persona, creyendo que así su suerte cambiaría.

«La suerte siempre premia a los malos...». El eco de la voz de su padre resonaba en el interior de su cabeza. Era lo primero que oía cada vez que salía el sol y lo último antes de quedarse dormido.

Poco tardó su progenitor en encontrar una manera de sobrellevar la pena y descargar el estrés. Fallecida su esposa, la presencia de su hijo comenzó a resultarle incómoda. Le recordaba demasiado a ella, a la que ahora odiaba por haberle abandonado.

De cuando en cuando, aburrido de beber, se dejaba caer por el cuarto de Dylan, cinturón en mano. Nunca le perdonó aquella fatal decisión. Si al menos hubiera elegido el otro riñón...

Dylan tenía el cuerpo en carne viva, los golpes le quemaban la espalda, pero no soltaba ni un solo grito. Nunca le pidió que parara, que dejara de castigarle. Se sentía tan culpable que se autoconvenció de que se lo merecía, por haber matado a su madre.

Menos de un año después, el padre de Dylan encontró una manera alternativa de sobrellevar su carga. Una nueva compañera sentimental. Todo fue muy rápido y Dylan era demasiado pequeño para entender lo que sucedía, pero veía cómo su progenitor sonreía por primera vez después de mucho tiempo y eso era motivo suficiente para dejar las cosas estar.

Durante unos meses todo fue maravilloso. Por momentos volvían a parecer una familia, pero con el paso del tiempo Alisson se fue quitando la careta resultando ser un ogro: adicta al sexo, a la bebida y a las mentiras.

No tardó en contagiarse del aparente odio que a veces desprendía Dan hacia su hijo. También ella se desahogaba de cuando en cuando con el chaval, aprovechando las ausencias del cabeza de familia.

Un martes cualquiera, a finales de septiembre, cuando el color de los bosques en el horizonte comenzaba a sugerir la llegada del otoño, Dylan enfermó. Pasó por la enfermería del colegio, donde confirmaron que se había contagiado de

un virus que ya había afectado a varios de sus compañeros. Mareos, sudores fríos, dolor de estómago, fiebre... Síntomas suficientes para que su profesora lo enviara a casa con la esperanza de que no la contagiara también a ella ahora que se acercaba el fin de semana.

Desde la escuela trataron de localizar a sus padres, pero ni rastro de ellos. Todos estaban al tanto de la situación que atravesaba el chico. Era un secreto a voces. Tampoco era la primera vez que los padres de Dylan se desentendían cuando su hijo se ponía malo y este tenía que marcharse andando a casa. Por eso, tampoco le extrañó que, una vez más, tuviera que irse solo un par de horas antes de tiempo.

El colegio no estaba lejos, Dylan tardaba unos quince minutos andando. Cuando llegó, subió las escaleras para ir directo a su cuarto y meterse en la cama. Solo quería morirse o dormir, una de las dos, aunque todavía no lo tenía claro.

Cuando iba andando por el pasillo, una algarabía en la habitación de su padre captó su atención. Pensando que sería él, se dirigió allí para contarle que estaba enfermo y que su profesora lo había mandado a casa, pero lo que se encontró fue muy diferente.

—¿Te gusta esto? ¿Eh?

—Oh, Dios, sí... Oh, sí... No pares.

Entre embestida y embestida, Alisson vio de refilón al niño en el umbral de la puerta entreabierta y su tono de voz cambió por completo. Los gritos de placer se tornaron en gritos de sorpresa. Se levantó de la cama donde se estaba follando al vecino, un macarra cuarentón, se tapó a duras penas con las sábanas y se dirigió corriendo hacia la puerta.

—¿Qué coño haces aquí, mocosos? Deberías estar en el colegio.

—Y tú no deberías estar con ese señor. ¿Quién es? ¡Se lo voy a decir a papá!

—No le dirás nada a papá, niñato. ¿Es que quieres que se ponga triste? Ahora este es nuestro secreto.

—Yo...

—Dylan, mírame. Mamá tiene amigos que tu padre no conoce. Ni es el primero, ni será el último, ni te importa, ni te incumbe. Tú no has visto nada o le contaré lo de las revistas que guardas debajo de la cama. Y ahora lárgate, que mamá tiene que acabar unos asuntos.

—No me digas lo que tengo que hacer, ¡no eres mi madre!

—Y no sabes lo que me alegro de ello, enano del demonio. Eres un horrible monstruo.

—¡No es verdad! ¡No lo soy!

—¡Claro que lo eres! Estropeas todo lo que tocas y haces daño a los que te rodean, como le hiciste a tu madre. Tú la mataste.

—Yo no... Lo de mamá fue un accidente, no fue culpa mía...

—Claro que lo fue. Y si le cuentas a tu padre lo que has visto, acabarás con la única familia que te queda. ¿Eso es lo que quieres?

—No...

—Entonces cierra el pico. Mientras estés calladito, todo irá bien.

Con aquellas amenazadoras palabras le cerró la puerta en las narices y el pequeño Dylan se quedó llorando y, de nuevo, sintiéndose culpable en la oscuridad del pasillo, una oscuridad que se convirtió en terreno fértil para el miedo que ahora le rondaba la cabeza amenazando con destruir a su familia.

Cabizbajo, se fue al baño y se quedó frente al espejo, mirándose. La imagen se fue distorsionando hasta el punto de no reconocerse. En su lugar, un horrible monstruo había sustituido la imagen de su reflejo. El monstruo que su madrastra le dijo que era. Un monstruo que le recordaba que no se podía permitir el lujo de romper su familia. Otra vez no.

No hicieron falta más charlas ni amenazas. Durante un tiempo guardó el secreto por miedo a las represalias, por miedo a destruir lo que más quería. Pero una noche, una de esas noches en las que no conseguía conciliar el sueño, bajó de madrugada

a la cocina a por un vaso de leche y entonces escuchó un agónico ruido que le resultó tremendamente familiar. Con más curiosidad que miedo, avanzó en la penumbra, siguiendo el ruido hasta la puerta que conducía al sótano. La abrió ligeramente y aguzó el oído. No había duda, había alguien ahí abajo. Bajó las escaleras a paso ligero y se encontró a su padre llorando, aferrado a una botella de *whiskey*. El alcoholismo nunca lo soltó por completo de sus garras, su alma tenía marcadas las huellas de ese mal y la espalda de su hijo también.

Dylan vio la botella y, de forma automática, las cicatrices de su espalda comenzaron a escocer. Casi tanto como sus recuerdos, que parecieron avivarse para mandarle un aviso: «no entres ahí».

Por un instante dudó, pero finalmente decidió hacerlo, pese al riesgo. Quizá por eso no reparó en el revólver que había sobre la mesa.

—¿Papá...?

—¡Dylan! ¿Qué haces despierto? Yo... solo estaba...— balbuceó, tratando de esconder la botella de alcohol y secándose las lágrimas.

—No estés triste, papá —dijo Dylan, abrazándole con fuerza.

Aquel gesto destruyó la moral del padre que, recordando las horribles cosas que le había hecho, no podía entender cómo su hijo, pese a todo, podía abrazarle de aquella manera. Con el alma rota, le devolvió el abrazo.

—Perdóname, Dylan... No fui capaz de hacer feliz a tu madre, no he sido capaz de hacerte feliz a ti y ahora no soy capaz de hacer feliz a Alisson...

—Papá...

—Ella cree que soy un *pringao*, un fracasado... Y tiene razón. Soy un mal ejemplo, no soy un buen padre, nunca lo he sido. Solo soy un estorbo.

—No, no digas eso. Alisson no tiene razón, no es verdad. Eres un papá genial.

—Te equivocas, hijo. Hay cosas que todavía no entiendes...

—Sí las entiendo. Sé que no es culpa tuya y que Alisson no te quiere.

—¡No digas eso! ¿Cómo te atreves...?

—Tiene novios, papá. Tiene amigos que no conoces y que vienen a casa cuando no estás. Pero no es culpa tuya.

Sin saberlo, Dylan hundió el último clavo en el corazón de su padre. El afecto de Alisson era lo único que hacía que se sintiera querido, útil, respetado... Podría haber perdonado su traición, podría haber mirado hacia otro lado, pero que su hijo a su corta edad lo supiera antes que él fue la gota que colmó el vaso.

Se despidió de Dylan, lo abrazó de nuevo, como nunca en su vida lo había abrazado, le dio un beso y lo mandó a la cama. Dylan, bostezando y frotándose los ojos, obedeció sin rechistar y se marchó contento por las muestras de afecto que había recibido.

Cuando Dan se quedó solo, decidió tomar el camino fácil. No estaba dispuesto a soportar las burlas ni los cuchicheos de los vecinos, ni de los compañeros de trabajo, ni de su hijo... ¿Con qué cara iba a mirarle a los ojos?

El estruendo del revólver resonó en todo el vecindario. Otra muerte que la madrastra se encargó de colgar sobre la conciencia del niño. Dos sucesos que marcarían su porvenir y que jamás olvidaría por mucho que pasaran los años.

Se quedó desconsolado, roto por la pena, enfadado y herido en el corazón, pero el tiempo es capaz de sanar cualquier herida. Y así lo hizo, cauterizando con los años las aberturas que habían quedado en su alma fracturada y transformando al pequeño Dylan en un hombre que aprendió a lidiar con el peso de su infancia.

4

Un secuestro involuntario

Fue un malentendido venido a más, sin querer, sin maldad, sin premeditación. Dylan, a sus treinta y siete años, iba paseando distraído por los jardines de la iglesia del humilde barrio donde vivía, situado en el extrarradio. Paseaba por la iglesia no porque fuera un buen católico practicante, sino porque era el camino más corto desde su casa al bar más cercano. Iba distraído, calculando mentalmente los ingresos y gastos del mes para saber con qué presupuesto contaba para copas, cuando un enorme conejo se paró a sus pies. Casi lo pisa, literalmente. Era un precioso ejemplar con un pelaje rutilante, casi aterciopelado, de tonalidades blancas, negras y marrones, con unos enormes ojos rosas que le miraban curiosos. Las orejas le caían graciosamente a los lados y unos largos bigotes se movían divertidos al ritmo de su nariz. Estaba limpio, peinado y, saltaba a la vista, bien alimentado. Gordo como una pelota de baloncesto, indicio claro de que el animal no estaba abandonado.

Dylan miraba a su alrededor buscando al dueño, pero los pocos domingueros que merodeaban los alrededores pasaban de largo sin prestarles atención. Antes de que el animal pudiera salir corriendo directo hacia la carretera, lo agarró, se lo acomodó entre los brazos como un bebé y comenzó a acariciar su brillante pelambrera.

Buscó con la mirada algún tipo de jaula, caseta, corral... Algo que le diera una pista sobre la procedencia del animal, un lugar seguro donde poder dejarlo.

—¿De dónde has salido tú? —le preguntó al roedor mientras le daba unos leves golpecitos en la nariz con la yema del dedo índice—. Ibas a misa a confesarte, ¿eh? Con ese pelazo y esos ojitos de *Playboy* seguro que has estado fornicando como un conejo, ¿no? Has sido muy, muy malo, ¿a que sí? Eres un *guarrindongo* —susurró.

—¡Eh! ¡Oiga! —gritó una voz grave, masculina, desde el interior de la iglesia.

Dylan se giró y vio como un tipo exageradamente alto, vestido de negro con una larga melena blanca y cara de pocos amigos salió por la puerta principal y avanzaba raudo hacia él, recortando al menos un metro y medio con cada zancada. Parecía cabreado y vociferaba contra su persona.

—¡Suelte a ese conejo! ¡Chorizo!

Aquel hombre ni siquiera preguntó, lo estaba acusando pública y directamente de secuestro animal. Al menos eso entendió Dylan justo antes de que un repentino y absurdo miedo le invadiera. Un sentimiento similar al que uno experimenta al encontrarse con un control de alcoholemia, aunque no haya bebido. Sin entender muy bien por qué aquel hombre se había puesto así por un conejo, y hecho un manojo de nervios, de forma instintiva comenzó a correr en dirección opuesta al iracundo gigante, que le perseguía desgañitándose.

—¡No! ¡Alto! ¡Al ladrón!

En su huida, Dylan sorteó hábilmente a decenas de católicos que caminaban hacia la iglesia como hordas de parsimoniosos zombies. Aunque se movía diestramente entre la multitud, un grupo de jubilados se hizo fuerte en medio del camino, obligándole a torcer bruscamente y acabando tal maniobra en una colisión sin remedio contra una nonagenaria que circulaba a la velocidad de una tortuga bicentenaria. La pobre anciana ni siquiera lo vio venir. Recibió un tremendo placaje por la espalda y cayó al suelo aterrizando con los pocos dientes que le quedaban en la boca. «A quien madruga Dios le ayuda», pensó Dylan. No le había dado tiempo a

disculparse cuando volvió a llevarse por delante a otro individuo, de menor tamaño, más ligero. Un niño de unos seis años que correteaba sin control persiguiendo a un par de palomas. El impacto fue terrible, similar al de un tren de mercancías colisionando con una caja de cartón vacía. El niño salió despedido varios metros, como si alguien desde la distancia hubiera tirado de él con una cuerda invisible. Ahí sí, Dylan se detuvo para interesarse por el estado de la criatura. Se miró la rodilla, luego miró al niño. Quería asegurarse de que la rótula seguía en su sitio y de que no la había dejado incrustada en el cráneo del crío. Todo parecía estar en orden. La maltrecha criatura se levantó en silencio, miró a su alrededor y, cuando consideró que había suficientes ojos mirando, comenzó a llorar con la potencia de un amplificador Marshall.

El cura se abrió paso entre los curiosos que se arremolinaban como polillas alrededor de una bombilla encendida en mitad de la noche y por fin alcanzó a Dylan. Lo agarró con firmeza por la espalda y este, al notar la enorme mano del sacerdote tensando su sudadera, se giró y sin mediar palabra le propinó una patada en los testículos. El cura lo soltó al instante y cubrió de forma automática sus partes más nobles con sus desproporcionadas manos. Unas manos que llamaron la atención de Dylan, que pensó que, quizá, era un requisito para ser cura y repartir hostias sagradas como Dios manda.

Con un lastimero y agudo quejido, más propio de un tenor eunuco que de un hombre de metro noventa y seis, el sacerdote cayó desplomado al suelo, sepultando con su enorme cuerpo al niño, que quedó atrapado bajo sus sotanas. Varios de los curiosos que habían sido testigos de la escena se dedicaron a fotografiar el momento con su móvil para subirlo luego a sus redes sociales acompañado de algún jocoso comentario. Solo un par de buenos y auténticos cristianos los ayudaron a incorporarse.

Apenas a cuatro metros, la vieja seguía tirada en el suelo panza arriba pidiendo auxilio. Nadie le hizo caso.

Dylan aprovechó aquel momento de confusión para desaparecer. Aún estaba intentando asimilar lo que había sucedido. Fue un malentendido venido a más.

Cuando por fin llegó a casa, dejó las llaves en el recibidor, la chaqueta en el armario y el conejo en el suelo. «¡Joder! ¿Pero qué haces tú aquí?». Podría haber vuelto para dejarlo donde lo había encontrado. Debería, pero no lo hizo. Quizá por vergüenza o por evitarse las explicaciones que, con toda certeza, el cura le exigiría y que, sin duda, no resultarían sencillas. Además, ahora no le apetecía hablar, era tarde y estaba cansado. Lo haría al día siguiente, sin falta.

5

Sin pecado concebida

El dichoso conejo lo obligó a volver a la iglesia para hacerle una improvisada visita al cura, y eso, aunque le daba cierta pereza, también le dio una idea.

—Ave María purísima.

El cura, reconociendo aquella voz, abrió la ventanilla del confesionario y miró a través de los pequeños orificios, buscando los ojos de Dylan.

—¡Tú! ¡Eres tú! Majadero, ¡devuélveme mi conejo!

—¿Qué conejo?

—¡El que me robaste! ¡Sinvergüenza!

—¿Es suyo?

—¡Claro que es mío! ¿Dónde está?

—Aquí no está. ¿Para qué lo quiere?

—¡Porque es mío! ¿Por qué te lo llevaste?

—¡Porque usted me acusó de llevármelo! ¿Por qué lo hizo?

—¡Coño, porque te lo estabas llevando!

—No diga palabrotas que es usted cura, hombre. No era mi intención llevármelo, solo estaba acariciándole cuando me empezó usted a perseguir, por cierto, con cara de pocos amigos. Me acusó públicamente, sin preguntar antes.

—¿Preguntar? No hacía falta, te vi con mis propios ojos. ¿Por qué atacaste a Margaret?

—¿Atacar?

—Si. ¡*Hooligan!* ¡Fascista!

—Pero ¿qué dice? Yo no he atacado a nadie. ¿Quién narices es Margaret?

—La adorable anciana a la que placaste. ¿Qué tienes en su contra?

—¡Nada! ¿Por qué iba a tener algo en su contra?

—Porque también agrediste a su nieto. El chico tuvo que ser ingresado. ¿Qué te ha hecho esa pobre familia?

—¿Qué? Pero ¡si el crío apareció de repente! No lo vi venir. ¿Se encuentra bien?

—Sí, gracias a Dios.

—Menos mal...

—¿Y a mí? ¿Por qué me agrediste? Aún los tengo inflamados...

—Para lo que le sirven...

—¿Cómo?

—Que pensé que me iba a golpear con sus enormes manos, fue en defensa propia.

—¿Defensa...? No te iba a tocar, solo quería evitar que huyeras.

—Huía porque usted me perseguía.

—¡Te perseguía porque te llevabas a mi conejo!

—Y dale con el conejo... ¡Que no me lo llevaba!

—¡Por el amor de Dios! ¡Basta! ¡Tráeme a mi conejo de una santa vez!

—No puedo...

—¿Cómo que no puedes? No me obligues a llamar a la policía.

—Estoy bajo secreto de confesión.

—¡No te estoy confesando!

—Pues hágalo.

—No me da la gana.

—Pues no le devuelvo al conejo.

—¡Tú eres tonto de remate!

—Oiga, sin faltar...

—Bendita paciencia... Así no vamos a ninguna parte...
¿Qué es lo que quieres?

—Que me confiese todos los días a las ocho menos cuarto.
 —El horario de confesión es hasta las cinco.
 —Me viene mejor a las ocho menos cuarto, gracias.
 —La madre que... ¿Y si accedo me devolverás al conejo?
 —Hágalo y se lo devolveré. Le doy mi palabra.
 —¿Cuándo?
 —Ahora mismo.
 —¿Ahora mismo qué?
 —Que le doy mi palabra.
 —¿Qué dices de palabra, chalado? ¡Que me des mi conejo!
 —A su debido tiempo, padre.
 —¿Tiempo de qué?
 —De devolvérselo.
 —No tienes ni idea de lo que significa ese conejo para mí...
 —Pues no.
 —Es muy importante.
 —¿Me confesaré o no?
 —Está bien, por el amor de Jesús, tú ganas.
 —Oiga, ¿usted no es de por aquí, verdad...?
 —En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén. ¡Ale! Puedes ir y dejarme en paz.

Así fue como Dylan comenzó a acudir a la iglesia todos los días a la misma hora. Exactamente a las ocho menos cuarto. Compartir con el cura los horribles actos que cometía desde hacía años para llegar a ser una mala persona parecía aliviarle temporalmente de su carga. Lo que comenzó como un malentendido acabó convirtiéndose en una rutina de casi quince meses.

—Ave María purísima —dijo Dylan, arrodillándose sobre la dura y fría madera del confesionario.

—Oh, por Dios... Otra vez tú.

—Pues sí, eso parece. Debería estar acostumbrado... Hoy hacemos un año —contestó sonriendo —¿Me ha comprado algo? Es que yo he estado un poco liado...

—No me hace ninguna gracia. Además, solo son las cinco. ¿Por qué tan pronto?

—Porque me he adelantado.
—Ya veo, ya. ¿Se puede saber por qué lo haces?
—Hoy he terminado antes y me pillaba de camino.
—Que por qué vuelves una y otra vez, pesado.
—Porque tenemos un trato, ya lo sabe.
—¿Un trato? Yo he cumplido mi parte, pero tú no has cumplido la tuya. Ya estoy harto. Dejaré de confesarte si no me traes al conejo y dejas de hacer esas horribles cosas que haces que no te llevan a ninguna parte.
—Las haré igualmente, padre. No depende de usted.
—¿Qué ganas con todo esto?
—Cambiar mi suerte. La suerte siempre premia a las malas personas. ¿Es que no lo sabe? ¿En qué mundo vive?
—Menuda mamarrachada... ¿Cuándo me devolverás a mi conejo?
—Cuando me perdone.
—No lo entiendes... No soy yo quien te perdona, es Dios misericordioso en un ejercicio de infinito amor.
—Lo que usted diga. ¿Va a perdonarme ya o qué?
—Lo haces aposta, ¿a que sí?
—No.
—A ver, criatura... ¡Que yo no tengo que perdonarte nada! Solo soy el mensajero, el que te pone en contacto con Dios nuestro Señor para que sea él quien decida si perdonarte o no.
—Que sí, que lo he pillado. Es usted el *router* de Dios. ¿Le importa si seguimos...? Tengo algo de prisa.
—Señor... Perdónale, no podías hacer a todo el mundo a tu imagen y semejanza. De entre tantos millones, alguno defectuoso te tenía que salir.
—¿Con quién habla?
—Con Dios, hijo. Con Dios...
—Oiga, pues no se cuele, que llevo aquí esperando un rato.
—La madre que... Sin pecado concebida... —dijo finalmente el sacerdote con un largo y pesado suspiro—. ¿Qué ha sido esta vez? —preguntó, sin estar seguro de querer saber la

respuesta y saboreando el humo de un Marlboro que se había encendido para combatir el estrés que le producía Dylan.

—Le he puesto la zancadilla a un ciego para que se cayera en el metro.

—Bueno... —reflexionó el cura —no está bien y no lo apruebo, Dios me libre, pero por lo menos no ha sido tan grave como otras veces... ¿Te has decidido al fin a parar esta locura?

—No, no me ha entendido. Le he puesto la zancadilla para que cayera a las vías cuando el tren estaba a punto de entrar en la estación.

—¡Dios mío! Pero ¿qué has hecho, anormal? ¡Estás loco! Necesitas ayuda de un profesional, te lo digo de verdad... ¡Eres un peligro público!

—No se preocupe, padre, no le ha pasado nada. Dos tipos han saltado a las vías y lo han sacado justo a tiempo. Ha tenido suerte... Seguro que era mala persona.

—Y dale con lo de la suerte y las malas personas... No te das cuenta, ¿verdad?

—¿De qué? ¿De que todas las malas personas tienen suerte menos yo? Ya me llegará. Es cuestión de tiempo.

—No. De que la suerte a veces actúa a tu favor y a veces lo hace en tu contra, y no tienes ninguna influencia sobre ella. Hagas lo que hagas y te pongas como te pongas.

—Sí que se puede influir, padre. La suerte favorece a las malas personas. Se lo estoy diciendo. Si yo también lo soy, me favorecerá. Ya lo verá.

—¿Dónde has oído semejante paparruchada?

—Mi padre lo decía siempre.

—¿Y por eso actúas así?

—Puede...

—¿Y por qué no te diría que te tirarás de un puente...?
—susurró el párroco.

—¿Qué?

—Nada, nada... Escúchame bien, hijo. La suerte nada tiene que ver con ser buena o mala persona. Es algo aleatorio.

—Si fuera aleatorio no tendría siempre mala suerte, ¿no cree?

—Hijo, llevo viéndote siete días a la semana durante un año. Demasiados meses... y aunque eres un poco gili... un poco canalla y estás ciertamente desequilibrado, sé que en el fondo no eres mala persona. Te lo digo de corazón.

—¿Por qué dice eso?

—Si lo fueras, no vendrías buscando el perdón después de hacer una mala acción... Tú mismo te contradices, ¿no lo ves? Dices querer ser una mala persona, te esfuerzas por conseguirlo, pero luego te arrepientes. Por eso ansías que alguien te escuche y te perdone.

—A lo mejor no busco el perdón. A lo mejor no me arrepiento —mintió.

—A lo mejor... Y a lo mejor crees que siendo mala persona la suerte se posicionará de tu lado, pero a lo mejor no lo hace. Es más, si lo que has hecho hasta ahora no te ha funcionado, quizá deberías probar algo diferente. La suerte solo favorece a las mentes que están preparadas. Esa es la realidad.

—¿Ah sí? ¿Y qué debo hacer para estar preparado?

—Eso es algo que deberás descubrir tú, hijo. Pero si me permites un consejo...

—Claro, dispere.

—Si yo estuviera en tu situación, dejaría de perder el tiempo intentando ser alguien que no soy. Invierte ese tiempo en encontrarte a ti mismo. En conocerte mejor, en hacer algo bueno, algo productivo y que beneficie a otros. Haz cosas que aporten a la sociedad.

—¿Como devolverle el conejo?

—Por ejemplo. Muy bien, Dylan. Vamos progresando.

—Gracias.

—Libera tu mente de prejuicios y creencias absurdas y deja espacio para pensamientos nuevos y positivos. Empieza de cero. Quizá entonces la buena suerte se fije en ti y decida acompañarte en tu travesía.

—¿Solo quizá...?

—La suerte es una compañera caprichosa y rencorosa. Y tú llevas años huyendo de ella. Inténtalo. Insiste con el mismo ahínco con el que has tratado de ejercer el mal. Te prometo que tarde o temprano la buena suerte te llegará, y cuando lo haga no la dejes escapar, porque raras veces vuelve sobre sus pasos.

—¿Usted cree?

—Por supuesto. Inténtalo, Dylan. Corrige tu rumbo, devuélveme al conejo y te prometo que entonces yo también te perdonaré, si es que es eso lo que deseas.

El cura había acertado. Eso era justo lo que necesitaba oír. Añoraba el perdón, es cierto. Su madre falleció y desde ese mismo día se había sentido culpable por aquella pérdida. Su padre, que nunca llegó a superarlo, proyectó sus frustraciones sobre él y luego se suicidó justo cuando parecía que podrían reconciliarse. Dylan se sentía solo, perdido y las palabras de aquel cura le acababan de otorgar esperanza. Por primera vez en mucho tiempo se planteó seriamente seguir los consejos del *router* de Dios. Quizá tuviera razón. Tal vez el secreto de la buena suerte residiera en ser buena persona. Tenía sentido.

Quizá llevara toda la vida haciéndolo mal. Puede que por ello casi nunca viviera finales felices, excepto cuando iba a aquel tugurio y pagaba un poco más de la cuenta para que unas asiáticas, que no hablaban su idioma, le dieran un horrible y doloroso masaje que Dylan aguantaba hasta el final, esperando que fuera feliz.

Decidido a cambiar de costumbres, a darle una oportunidad a la teoría del cura, volvió al día siguiente a la iglesia para devolverle al fin el conejo. Llevaba tanto tiempo centrándose en lo negativo que había olvidado lo que se sentía al hacer una buena obra. Incluso estaba nervioso.

Cuando llegó a la iglesia, se encontró con otro cura mucho más joven que estaba colocando unos panfletos sobre los bancos de madera.

—Disculpa, chaval.

—Buenos días, señor. ¿Puedo ayudarle?

—¿Dónde está el padre Casimiro? Necesito hablar con él.
Es urgente. ¿Puedes decirle que venga?

—Esto... el padre no está.

—¿Y dónde está? Tengo que hablar con él ahora. Ya te he dicho que me urge.

—Lo han trasladado. Yo soy el nuevo párroco.

—¿¡Qué!?! No... No es verdad... Quiero hablar con el padre Casimiro.

Sin hacerle caso, Dylan avanzó hacia el altar por el pasillo central y giró a la izquierda, donde había una puerta que conducía a las dependencias sacerdotales. El joven párroco no pudo detenerle.

—¡Oiga! ¿Dónde va? ¡No puede entrar ahí!

Ante la prohibición Dylan vaciló por un instante, pero decidió no hacerle caso, para variar, y tiró de la pesada puerta. Le pareció que el nuevo cura comenzaba a hablar en ruso, pero tampoco le hizo mucho caso.

Al entrar se encontró con una grotesca escena. Cuatro fornidos hombres rodeaban al padre Casimiro, que estaba sentado en una silla, maniatado, recibiendo los salvajes golpes de dos de ellos. Otro miraba divertido y el último hablaba por teléfono.

La puerta se cerró a sus espaldas y el ruido hizo que los cuatro gorilas se giraran. Se miraron sorprendidos, luego miraron a Dylan y luego se volvieron a mirar entre ellos.

—¡Es el conejo! —gritó uno de ellos, señalando el trasportín que llevaba Dylan en la mano.

—¡Corre, Dylan! —gritó el padre Casimiro utilizando su último aliento, con los ojos hinchados y la cara ensangrentada—. ¡Huye! ¡No les des el conejo!

Dylan se giró y abrió la puerta dispuesto a salir corriendo, pero se topó de bruces con el nuevo párroco que, evidentemente, no era quien decía ser. Antes de que el impostor

pudiera reaccionar, y rememorando la maniobra que fue capaz de tumbar a un sacerdote colérico de casi dos metros, Dylan repitió aquel desleal movimiento que le aplastó los testículos y, mientras caía, le atizó con el trasportín en la cabeza. Con su primer obstáculo ya en el suelo y completamente KO, vio el camino despejado y echó a correr como no lo había hecho en su vida. Los cuatro matones hicieron lo propio pisándole los talones.

Dylan salió de la iglesia y pasó a escasos centímetros de una anciana. Era la señora Margaret, ya sin dientes en la boca, que iba a misa como de costumbre. La vieja se giró asustada y comenzó a increpar al hombre que casi la vuelve a tirar, sin darse cuenta de que otros cuatro individuos corrían hacia ella como una estampida de rinocerontes.

—Hijo de...

No pudo ni acabar la frase cuando los cuatro rusos pasaron por encima de la señora pisoteándola sin piedad, como un trapo viejo.

Dylan continuó su carrera, cruzó la carretera sin mirar, sin preocuparse por el tráfico. Los coches frenaron y derraparon alocadamente. Hubo una colisión múltiple que detuvo momentáneamente a los rusos, otorgándole a Dylan unos valiosos segundos que le sirvieron para llegar a la boca de metro más cercana.

El tren estaba en la estación. Sin un segundo que perder, bajó los escalones de tres en tres, saltó por encima del torno y entró en un vagón justo cuando las puertas se estaban cerrando. Dylan cruzó sin problemas, pero el trasportín con el conejo no tuvo la misma suerte. El brazo de Dylan quedó atrapado en la puerta y su única opción pasaba por soltar el trasportín.

—¡No! ¡No! ¡Mierda!

Intentó abrir la puerta con la otra mano, pero el tren ya se había puesto en marcha y las puertas estaban bloqueadas. El resto de viajeros lo miraban desde su asiento sin hacer

ademán de ayudarlo. Buscó la palanca de parada de emergencia, pero si detenía el tren sus perseguidores le alcanzarían y no quería acabar como el padre Casimiro.

Dylan no tuvo más remedio que soltar el trasportín, que rodó por el andén varios metros. Antes de que el vagón entrara en el oscuro túnel pudo ver como los matones se largaban con el conejo.

Aún en *shock*, buscó un asiento vacío, se sentó y se quedó con la mirada perdida un buen rato. Cuando consideró que ya debía estar suficientemente lejos de los matones, se bajó en la siguiente estación. No sabía dónde estaba. Miró el nombre de la parada, pero no le sonaba. Se había desorientado. Muy afectado, desganado hasta para buscar su ubicación en el GPS, comenzó a deambular sin rumbo concreto hasta que, cansado ya de caminar, se sentó en un banco al sol. Necesitaba pensar, o puede que simplemente necesitara sentarse sin pensar en nada en particular. Quién sabe. Al final iba a resultar que el conejo era más importante de lo que creía. Pero ¿por qué?

Pensó en acudir a la policía, pero rápido descartó la idea. ¿Qué iba a contarles, que hace un año secuestró al conejo de un cura al que ahora unos rusos habían suplantado, raptado y pegado una paliza? ¿Que puede que lo hubieran matado? ¿Que habían robado el conejo que el robó hace un año?

Finalmente se decantó por cerrar el pico y hacer como si nada hubiese pasado. Total, el cura y él tampoco es que fueran amigos del alma. Y si le estaban pegando una paliza, seguro que algo habría hecho...